

ELADIO CHÁVARRI: LOS VALORES Y LOS CONTRAVALORES DE NUESTRO MUNDO

ELADIO CHÁVARRI: THE VALUES AND COUNTERVALUES OF OUR WORLD

Baldomero López Carrera

Instituto Superior de Filosofía de Valladolid

Resumen: *Presentación de la obra de Eladio Chávarri Los valores y los contravalores de nuestro mundo. El autor entiende los valores y los contravalores como relaciones estructuradas. Su campo de aplicación es nuestro mundo y la persona que habita en él, el Hombre Productor Consumidor.*

Palabras clave: *Eladio Chávarri, valores, dignificación, Hombre Productor Consumidor, human/inhuman.*

Abstract: *Presentation of Eladio Chávarri's book The values and counter-values of our world, which reflects on these understood as relationships, and develops the structures and value situations of our world, especially in its application to the case of the Producer-Consumer Man.*

Keywords: *Eladio Chávarri, values, dignity, Producer-Consumer Man, human/inhuman.*

INTRODUCCIÓN

La obra del profesor Eladio Chávarri *Los valores y los contravalores de nuestro mundo*¹ (Salamanca-Madrid, San Esteban-Edibesa, 2018) es un *capolavoro* de la filosofía actual. La primera parte está dedicada a desentrañar las relaciones valorativas (I), la variedad de dimensiones valorativas (II), las estructuras de las relaciones valorativas (III) y la situación valorativa de nuestro mundo (IV). En

¹ Eladio CHÁVARRI, *Los valores y los contravalores de nuestro mundo*, Salamanca-Madrid, San Esteban-Edibesa, 2018.

la segunda parte, el profesor Chávarri estudia cuatro realidades comprensivas de todo lo que expuso en la primera y lo aplica al ser humano de nuestro mundo: el par valorativo humano/inhumano del Hombre Productor Consumidor (V), nuestro modelo humano y nuestra forma de vida (VI) y los procesos de dignificación del modo de ser humano que estamos viviendo (VII). Ayudar a la dignificación del sufrimiento arraigado producido por el hombre productor consumidor en muchas personas de nuestro mundo es para Eladio Chávarri el máximo objetivo de su laborioso, original y profundo trabajo.

Quien se acerque por primera vez a un escrito del profesor y maestro Eladio Chávarri tendrá que ir introduciéndolo en su mente con cierto detenimiento, pero el empeño da como fruto una enorme satisfacción por haber conseguido una visión nueva, profunda y muy comprensiva de todos los seres, sobre todo del ser humano actual. Hay que señalar ya desde el principio que la obra de nuestro autor es un verdadero "sistema", por lo que todos los asuntos que trata y la multitud de correlaciones que establece entre ellos adquieren una compacta estructuración. Pero este sistema es tan nuevo y original que tiene a los *valores* como quicio de su estructura. No conozco ningún otro sistema filosófico que les atribuya esta función fundamentadora. Este sistema, a la vez que es de una lógica aplastante, muchas veces asusta por su complejidad. La principal dificultad de la lectura de la obra del profesor Chávarri se debe, a mi modo de ver, a que *la relación es el modo de ser por excelencia sobre el que construye su sistema filosófico*, mientras que nuestro modo de pensar es fundamentalmente "sustantivo", sobre realidades hechas y definidas, tal como aparecen en los diccionarios. Hablamos de justicia, de casas o de animales, pero no solemos ser conscientes de que realmente son relaciones valorativas de justicia, de casas o de animales. Por suerte, aunque no somos conscientes de ello, en la vida tratamos a esos y a otros seres como relaciones y no como "sustancias". Por ejemplo, utilizamos el "¡vale!" casi continuamente y la *validez*, que es lo que expresa este vocablo, es una estructura valorativa, una *relación*, como se verá en el capítulo tercero. Otra dificultad deriva de que, como sistema que es, no se puede avanzar en su comprensión sin tener en cuenta todo lo anterior, y recordarlo constantemente supone un esfuerzo a veces descorazonador. Otro problema surge de la actitud escudriñadora de nuestro autor, que va descubriendo y tejiendo a la vez una tupida red de relaciones que hacen que su reflexión sea muy minuciosa, compleja y no fácil de abarcar. A todo esto se añade el inconveniente de que muchos vocablos adquieren en el sistema de nuestro autor un significado nuevo, bastante diferente del que habitualmente le dan otros autores o del que tienen en el lenguaje ordinario. Pero, si uno vence estos y otros escollos, encontrará una recompensa epistémica gratificante como pocas.

Quisiera que este texto sirviera para ayudar al lector a "introducirse" en la comprensión del contenido de *Los valores y los contravalores de nuestro mundo*,

por lo que iré señalando los hitos del libro y haré algún comentario explicativo de aquello que, a mi modo de ver, presenta mayor dificultad o representa una novedad para quien no esté habituado al sistema filosófico del maestro Eladio Chávarri.

Como acabo de señalar que el ensayo se divide en dos partes: la primera es más bien analítica y está dedicada a considerar aspectos fundamentales de los valores; la segunda tiene un carácter sintético o comprensivo de todo lo expuesto en la primera. Aunque sea una obviedad decirlo, ninguna de las dos partes puede entenderse sin la otra, pues todo el contenido de la primera es la base, el fundamento para la construcción de la segunda parte; pero al mismo tiempo, es en esta donde la primera adquirirá su verdadero alcance y toda su riqueza, al ser consideradas sus cuestiones bajo tres grandes perspectivas altamente comprensivas: el par valorativo humano/inhumano, los modelos humanos y las formas de vida.

PRIMERA PARTE

1. VALORES Y CONTRAVALORES

El primer capítulo está dedicado en su primer apartado a *desentrañar*, a ver las entrañas de los valores. Y lo primero que llama la atención y despierta la sorpresa es que, para Chávarri, los valores son relaciones y no cualidades, sustancias u otra de las “varias maneras que se dice el ser”, según la clasificación aristotélica. El lector debe tener presente en todo momento este carácter de los valores, porque, si no, andará por caminos que no son los del autor. De ahí que el primer punto de partida de toda esta obra sea el estudio de las relaciones valorativas o valores. Como toda relación, también las valorativas están “constituidas” por dos términos, por una relación entre ellos y por una base o fundamento apropiado que sustenta la relación. Esto lo expresa con más nitidez, precisión y amplitud nuestro autor al introducir dos grupos de aspectos fundamentales de las relaciones valorativas: el primero lo forman los que denomina *caracteres constitutivos*; el segundo, los *caracteres derivados*.

Los caracteres constitutivos o constituyentes de toda relación valorativa son, para nuestro autor, cuatro. El primero se refiere a que las relaciones valorativas *enlazan a los seres con aspectos vitales del hombre*; aquí están los dos términos de la relación valorativa, la vida humana y los seres, y la relación de enlace entre ambos. El segundo trata sobre el discernimiento de si estos enlaces *de seres y de aspectos vitales del hombre son positivos o negativos*; en el primer caso son *valiosos o valores* y en el segundo, *disvaliosos o contravalores*. El tercer carácter constituyente de las relaciones valorativas *expresa que el discernimiento de los seres y de los aspectos vitales del hombre como valores o contravalores se fundamenta en bases apropiadas o en bases deficientes*; ya se decía en el tratado clásico sobre las relaciones que estas debían tener un fundamento, pero nuestro autor

analiza, diferencia y sitúa los fundamentos o bases en las vitalidades humanas y en los seres. Como cuarto constitutivo o constituyente de las relaciones valorativas, Chávarri señala algo original y nuevo: que en ellas mismas hay *un impulso hacia la dignificación o hacia la indignificación*, hacia un grado más valioso o menos valioso. Si las relaciones valorativas no tuvieran este carácter, el ser humano no habría dado ningún paso evolutivo desde su aparición.

Los caracteres derivados son tales porque, primero, están ya *implícitos* en los caracteres constitutivos y, segundo y más importante, porque presuponen a los valores y a los contravalores *ya constituidos*. Son modos distintos de utilizar los valores y los contravalores una vez que estos ya existen. Chávarri hace una apreciación muy interesante: no son constituyentes de los valores, pero tienen tanta importancia que no pocas veces fundamentamos nuestras concepciones valorativas sobre estos caracteres derivados y no sobre los constitutivos.

Como puede verse, las relaciones valorativas intervienen en el origen y en la formación del ser humano. No se puede ahondar más, porque hemos llegado a la raíz de la vida humana. Ahí se sitúa la concepción de los valores que nos ofrece el profesor Chávarri y que estará omnipresente a lo largo de este libro y lo ha estado en todas sus obras anteriores.

A propósito de las relaciones valorativas, tal como las entiende el profesor Chávarri, quisiera hacer hincapié en dos aspectos. El primero se refiere a que, al igual que el alimento que proporciona el ser a la vida humana no siempre es beneficioso para esta, sino que en muchos casos resulta perjudicial, es fundamental no olvidar nunca que en nuestra vida siempre conviven inseparables el valor y el contravalor. Es más, cada uno de ellos solo es entendible en mutua reciprocidad con el otro, valga la redundancia. De ahí que en esta obra siempre se hablará de *pares valorativos*, salvo que se quiera aludir expresamente al valor o al contravalor. El segundo aspecto se refiere a que, en las relaciones valorativas, y en virtud de ellas mismas, los dos términos de la relación *se constituyen* como tales y al mismo tiempo experimentan una *modificación mutua*. Así, por ejemplo, la vitalidad visual solo se activa cuando el ojo ve colores y los seres solo tienen color cuando se relacionan con una vitalidad visual activada; al mismo tiempo, vitalidades y seres salen perfeccionados o deteriorados con esta relación visual.

Este primer apartado, en el que se “desentrañan” los valores/contravalores, es clave para el resto del ensayo, porque estará fundamentando casi todas las reflexiones que aparecen en él.

El segundo apartado trata sobre *dónde nacen y se desarrollan las relaciones valorativas entre la vida humana y los seres*; este lugar son las experiencias. Señalo que la nueva y original concepción de la *experiencia* es uno de los hallazgos más fértiles que he encontrado en la obra del profesor Chávarri. Su enfoque de la experiencia tiene poco que ver con los tratamientos habituales

de la misma, incluso con los de los grandes pensadores. Para nuestro autor, toda experiencia comprende *cuatro grandes estructuras: la entitativa, la de equipamiento, la racional y la social*. La estructura *entitativa* se refiere a aquello sobre lo que versa una experiencia, es decir, los seres o atributos entitativos que aparecen *como valores o como contravalores* en cada experiencia. Así pues, toda experiencia es valorativa porque las relaciones valorativas constituyen el contenido de la estructura entitativa de toda experiencia. El *equipamiento* lo constituyen las potencialidades o capacidades de las personas, sus acciones, los recursos que utilizan y las disposiciones afines que deben acompañarlas en cada experiencia. La *razón*, que propiamente pertenece al equipamiento potencial del hombre, ejerce una función articuladora de las demás estructuras; esta razón se manifiesta de manera específica en cada experiencia. Finalmente, no son posibles las experiencias sin las *socia(bi)lidades* apropiadas. Estas cuatro estructuras son condiciones *necesarias y suficientes* para que se produzca cualquier experiencia. En el sistema de nuestro autor, la *ontología del ser* y la *ontología de la vida* se agrandan hasta límites insospechados y desconocidos en la ontología tradicional.

El tercer apartado está dedicado a la *evolución valorativa*. De él quisiera fijarme en dos aspectos originales de nuestro autor. Uno ya lo he señalado anteriormente (las presencias de lo valioso y de lo disvalioso, de los valores y de los contravalores como integrantes nada menos que de la constitución y de la evolución de nuestra especie), pero quiero hacer hincapié en él por su importancia y también por el desconocimiento que se tiene de ello incluso entre los grandes filósofos. Reducir los valores/contravalores al ámbito del aprendizaje escolar es desconocer por completo su profunda naturaleza y sus extensas funciones. El segundo aspecto novedoso se refiere a la *gran variedad de formas representativas* de los valores y de los contravalores. Creemos que lo valioso/disvalioso se representa solo con adjetivos, tales como sano, neurótico, rico, ignorante, amable, feo, creyente o injusto; pero Chávarri nos descubre otros modos de representar los valores/contravalores, cuya extensa presencia en todo lo que nos rodea ignoramos, por desconocerlos.

El cuarto y último apartado lo destina nuestro autor a *exponer y a criticar cuatro grupos distintos de concepciones valorativas* que sirven de contraste con la que él ha expuesto en este primer capítulo.

2. DIMENSIONES VALORATIVAS

El quid de este capítulo está en la concepción plural y variada que tiene Eladio Chávarri de la vida humana. Para nuestro autor, la vida del viviente humano –y su anverso, la muerte– no es monolítica, indiferenciada y uniforme, como si fuera una especie de magma o de sopa, sino que se ramifica

en grandes y diferenciadas vertientes vitales. Las llama vertientes porque a través de ellas fluye la variada vida humana y también a través de ellas se comunica con los seres que alimentan al ser humano como valores/contravalores. Cada una de estas vertientes de vida se diversifica a su vez en *sus propias variaciones vitales* y estas, en otras de inferior nivel, hasta llegar al penúltimo eslabón de la cadena de la vida, que son las *experiencias*; el último lo constituyen *las cuatro estructuras de la experiencia*, que es donde se desarrollan las vitalidades concretas. Así pues, la vida se manifiesta como una inmensa red unida y, al mismo tiempo, diferenciada en vertientes vitales, en sus variaciones vitales, en sus experiencias, en sus cuatro estructuras experienciales y en sus vitalidades concretas. Pues bien, cada vertiente vital es con todo derecho realmente vida, pero ninguna de ellas por sí sola representa *toda* la vida humana. ¡Cuántos errores se siguen produciendo en las reflexiones sobre la vida al reducirla a unas pocas vertientes vitales e ignorando por completo las demás!

Para nuestro autor, la vida es sólo una parte de los valores/contravalores; la otra la constituyen, en mutua implicación, los seres con los que se relaciona la persona. Ambas son constituyentes *necesarios* de los valores y de los contravalores, de las relaciones valorativas. Lo más común es que los autores se fijen solo en uno de esos dos constituyentes e ignoren el otro. Pues bien, ¿en cuántos grandes ámbitos se manifiestan de modo peculiar y diferente los valores/contravalores? En muchos, sin duda; pero Chávarri escoge una muestra de ocho, a los que denomina dimensiones valorativas. Las ocho grandes dimensiones valorativas de la muestra son, por orden alfabético, *la biopsíquica, la cognitiva, la económica, la estética, la ética o moral, la lúdica, la religiosa y la sociopolítica*. Por tanto, hay *vida* biopsíquica y *seres* biopsíquicos, *vida* cognoscente y *seres* conocidos, etc. Cada una de estas grandes dimensiones valorativas se ramifica en sus respectivas variaciones valorativas, estas en otras de nivel inferior, hasta llegar a las experiencias valorativas y a sus estructuras.

El profesor Chávarri nos descubre un axioma que resulta muy útil y provechoso en muchos ámbitos de la vida y en especial en el de la reflexión: el “axioma protector de la diversidad valorativa”. Dicho axioma señala que cada una de las dimensiones valorativas tiene una identidad peculiar, por lo que *no puede ser reducida* a otra dimensión, *ni admite ser sustituida* por otra dimensión, *ni permite ser desarrollada en otros marcos* que no sean los suyos.

En este capítulo, además de la diferencia de la vida y del ser, el autor nos ayuda a descubrir lo *inmenso que es el ámbito de los valores/contravalores*; tanto, como es el del ser y el de la vida humana. Frecuentemente reducimos el campo valorativo a unas poquísimas manifestaciones de nuestra vida y le encargamos a la escuela la misión de “educar en valores”, como si la acción de una madre de amamantar a su bebé no fuera más valiosa que la invención y el aprendizaje de la teoría de la relatividad.

3. ESTRUCTURAS VALORATIVAS

En el capítulo primero Chávarri *desentraña las relaciones valorativas* y también nos descubre que estas nacen y se desarrollan en *los marcos de las experiencias*. En el segundo capítulo nos muestra que esas relaciones valorativas no son uniformes, sino *diferenciadas unas de otras*, con lo que se pueden agrupar en ocho grandes dimensiones valorativas específicas. En este tercer capítulo añade una perspectiva nueva a las relaciones valorativas: *su estructuración*. Todos y cada uno de los componentes de las dimensiones valorativas forman, dentro de sí y con los demás, relaciones de estructura (las relaciones son lo más característico de las estructuras).

El primer apartado está dedicado a analizar la estructura valorativa. Es *valorativa* porque la propia estructura es ya un valor/contravalor añadido al de los pares valorativos que une de diversas maneras. Pero ¿quién lleva a cabo la estructuración valorativa? La persona. Es llamativo que siendo este un término que todos usamos profusamente sea la primera vez que aparece en una obra de Eladio Chávarri. Y él explica que no ha sido porque sí este tan largo ocultamiento, sino porque este es el momento oportuno para la aparición-presencia de la persona en su sistema. Y aparece, como era de esperar, con un contenido nuevo respecto del que se le ha asignado siempre: la persona es la encarnación autónoma más pequeña del viviente hombre, el *sujeto agente* que da unión, que estructura la compleja multiplicidad –frecuentemente en tensión– de nuestras vitalidades, porque está inmersa, presente e implicada en todas ellas; y también es *sujeto paciente* de todas las vitalidades humanas, no sólo de alguna o algunas, porque *todas* son constituyentes suyos. Lógicamente, si la persona es el sujeto de todas las presencias y estructuraciones de lo valioso y de lo disvalioso, *su apertura al ser como valioso/disvalioso no es solo una apertura cognitiva*, como suele afirmarse, sino una apertura de todas sus ocho vertientes vitales. Como dice Chávarri, nada ni nadie están más implicados en mi vida que mi propia persona, porque *ella está formada por todas mis vitalidades*. Pero, además, nuestro autor va mucho más allá y no reduce la persona a su *perspectiva biográfica*, tal vez la única que tenemos en cuenta la mayoría de la gente, sino que le añade otras dos dimensiones: *la grupal-social* y *la de especie*. De la perspectiva biográfica de la persona nace el yo, el tú y el él; de la grupal, los nosotros, los vosotros y los ellos; por la perspectiva de especie, la persona se compara con todos los entes, vivientes y no vivientes, con todo el ámbito del ser y se ve como un ente “especial”, “específico”, una “especie” peculiar. Estas tres perspectivas no forman tres personas sino una única, pero a la que hay que considerar siempre desde sus tres dimensiones.

Después de este inciso, nuestro autor vuelve al estudio de las estructuras. De entre la multitud existente, escoge una muestra de tres grandes clases, a las que denomina estructuras elementales, estructuras modalizadas y estructuras particulares. Cada una de estas grandes clases se subdivide a su vez en

estructuras *de un nivel inferior*. En el ensayo están cuidadosamente analizadas y explicadas todas. Entre las estructuras elementales quiero llamar la atención sobre las *estructuras de validez*, no porque tengan más importancia que las otras dos, sino porque para mí han sido una novedad llamativa. El profesor Chávarri hace un examen minucioso de los *procesos de validación*. Al final de estos procesos, decimos ¡vale!, que es un acto particular de nuestra energía voluntaria cargado de razón proporcionada. Y del contenido de este ¡vale! se deriva el “*deber ser*”. ¿Quién se había imaginado alguna vez que el *deber ser* de cualquier valor o contravalor –no sólo de los éticos, sino de todos– proviene de los procesos de validación? La segunda gran clase de estructuras es la de *modalización*. Modalizar es dar un nuevo “modo de ser”, de ahí el nombre. Pues bien, la estructura de *modalización por pares valorativos* tendrá una función crucial en este ensayo.

4. NUESTRA SITUACIÓN VALORATIVA

El fin principal que ha perseguido Eladio Chávarri en todos sus libros es el conocimiento del ser humano actual². Y lo ha hecho siempre desde una perspectiva valorativa, que es la más profunda y extensa que es posible utilizar, como podemos comprobar en los tres primeros capítulos de este ensayo. Entonces, ¿cómo percibe Chávarri nuestro mundo, nuestra situación valorativa, que se extiende por casi todo el planeta? Lo hace bajo la perspectiva de una estructura valorativa modalizada por las dimensiones valorativas biopsíquicas y económicas. Tales dimensiones constituyen el *centro valorativo dinámico* de nuestra situación valorativa. Esta es sin duda la característica más fundamental y diferencial de ella. Las específicas modalizaciones y estructuraciones biopsíquicas-económicas que reciben todos los demás valores/contravalores se desarrollan en el nivel más profundo, más básico y más universal de nuestra vida: el de las dimensiones valorativas. Este es, pues, el diagnóstico que hace el profesor Chávarri y que va desarrollando en complejos y novedosos análisis a lo largo del capítulo. Como sabemos, la modalización que realiza el centro valorativo biopsíquico-económico afecta de tal manera a todos los *caracteres constitutivos* de los demás valores que quedan transformados o conformados de forma distinta a la que tendrían sin esta modalización. De esto se deriva el hecho de que nuestra situación valorativa no respeta en absoluto el *axioma protector de la diversidad*, ya que la *modalización* altera la naturaleza original de lo modalizado. ¿A quién se le hubiera ocurrido imaginarse que las dimensiones biopsíquicas y económicas –a las que muchos siguen sin reconocerles la categoría de valores– iban a ejercer una función tan destacada en nuestro mundo? Chávarri explica las razones de por qué las dimensiones biopsíquicas-económicas pueden ejercer de centro valorativo dinámico y

² B. LÓPEZ, “Eladio Chávarri, un pensador preocupado por los hombres de nuestro tiempo”, en *Estudios Filosóficos* 148 (2002) 505–514.

también se detiene en mostrar cómo afecta su modalización a cada una de las dimensiones valorativas.

¿Cómo denominar a nuestro mundo, a nuestra situación valorativa? ¿*Moderno o postmoderno*? Nuestro autor hace un análisis profundo de estas dos calificaciones y concluye que las consideraciones de “moderno” y de “postmoderno” no son entendidas en términos valorativos por los autores que las utilizan, porque no se han concebido o creado en el contexto de una teoría valorativa de nuestra sociedad. Lo mismo podemos decir de la concepción de las sociedades como sociedades tecnocientíficas, democráticas e industrializadas; esas tres adjetivaciones no son consideradas como términos valorativos, sino simplemente como características. Chávarri hace una pequeña historia de cómo los valores religiosos, milenarios centros valorativos dinámicos de la mayoría de las sociedades, han sido sustituidos y preferidos no por los éticos y sociopolíticos que proponían los ilustrados, sino por los biopsíquicos-económicos.

El tercer apartado está dedicado a la atracción cautivadora que ejerce el centro dinámico biopsíquico económico. El autor hace previamente unas cabales y acertadas distinciones entre “bienser”, “hechura vital suficiente” y “bienestar”. Para que los valores produzcan satisfacción –de *satis-facere*– han de estar constituidos por un *bienser suficiente* y también por una *hechura vital suficiente*, los dos componentes de todo valor. La *satis-facción* significa generación de complacencia, contento, gozo, placer; en suma, un particular *bienestar*. La dicha proviene sin duda del nuevo aumento de vida que conlleva la nueva *hechura vital*, producida por el nuevo *bienser de los entes*. Y aquí también ha de cumplirse el axioma protector de la diversidad, pues el bienser, la hechura vital suficiente y la satisfacción son diferentes en cada valor. Chávarri enriquece más este tema mostrando cómo las atracciones y las satisfacciones son de mayor intensidad en las estructuraciones valorativas.

Nuestro autor analiza a continuación las singulares atracción y satisfacción que produce nuestra situación valorativa. Para ello se sirve del concepto de *modulación, variación o variante de los entes*. Tales variaciones no podrían darse si los entes fueran fijos, estables y no flexibles. Por tanto, la modulación exige inestabilidad entitativa, pero entendida esta no en sentido negativo, sino como potencialidad para muchas estabilidades. Hay pocos entes que, por su flexibilidad, admitan y experimenten más modulaciones o variaciones que las *acciones*. Pues bien, Eladio Chávarri llama “*modulaciones cautivadoras*” a las variaciones de atracciones y de satisfacciones que son producidas por la modalización biopsíquica-económica. Y son cautivadoras en el doble significado del término “cautivar”: *seducir y someter a cautividad*. Es notorio el poder *cautivador de masas* que tiene el centro valorativo dinámico de nuestra situación valorativa. Chávarri da algunas explicaciones sobre este fenómeno de nuestro tiempo. Pero también afirma que la modalización que ejerce

el centro valorativo sobre las restantes dimensiones valorativas ha hecho que estas hayan caído *cautivas* de dicho centro y hayan perdido su naturaleza propia original.

Nuestro autor termina este apartado con unas reflexiones muy sustanciosas y originales sobre la libertad valorativa a las que hay que prestar especial atención, porque explican muchas cuestiones sobre la libertad en nuestro mundo modalizado por el dinero y por el placer biopsíquico.

El cuarto apartado de este capítulo lo dedica el maestro Chávarri al sufrimiento que produce nuestra situación valorativa. La originalidad de su visión *del sufrimiento* es que sitúa su origen en los contravalores como deterioros o supresión de ser y de vida en las personas. Nunca había visto ni oído un enfoque así del sufrimiento. El cultivo del contravalor produce en los seres un *malser* y en la persona, una *hechura vital deficiente*, que desemboca necesariamente en un determinado *malestar*; por tanto, la extensión del *malser* y del deterioro vital es tan grande como la extensión del contravalor. Una aportación muy enriquecedora de Eladio Chávarri es la aplicación del axioma protector de la diversidad a los sufrimientos: como las dimensiones valorativas son diferentes, esas mismas diversidades deben aplicarse a los contravalores y a su efecto, los sufrimientos; no hay un sufrimiento universal, único y uniforme, sino *variadísimos* modos y formas de sufrimiento y que cada una de ellas necesita *ser curada* también de manera peculiar. Es muy útil esta visión de nuestro autor para los teólogos cristianos que afrontan el importante asunto de la salvación que viene de Jesús. Por eso el profesor Chávarri nos invita a cultivar la *sensibilidad* para captar la *variedad* de deterioros vitales y sus correspondientes y *específicos sufrimientos*. La sensibilidad propia del sufrimiento hace ver de otra manera toda la reflexión hecha hasta ahora sobre las presencias de lo valioso y de lo disvalioso. La reflexión de nuestro autor tiene constante preocupación tanto por el valor, que es conservación y aumento de la vida humana en todas sus manifestaciones, como por el contravalor, que representa el deterioro o la destrucción de las vitalidades humanas. Y para terminar el capítulo y la primera parte, Chávarri presenta una atinada y certera muestra de patologías valorativas en tres grandes conjuntos de deterioros vitales.

SEGUNDA PARTE

La segunda parte está dedicada a cuatro “realidades” comprensivas de todo lo que se dijo en la primera: *el par valorativo humano/inhumano, los modelos humanos, las formas de vida y los procesos de dignificación*. No son constructos mentales, sino verdaderas realidades que dan plenitud a las también realidades estudiadas en la primera parte; por eso ambas partes no pueden ser entendidas la una sin la otra, ya que se implican mutuamente.

5. EL PAR VALORATIVO HUMANO/INHUMANO

Chávarri empieza analizando tres significados de “humano” y él se decide, como no podría ser de otra manera, por un enfoque valorativo del mismo. Así que desde ahora nuestro autor tratará lo humano/inhumano como un par valorativo, pero que tiene la peculiaridad de ser el más denso, extenso y comprensivo de todos. Esta singularidad explica la existencia del presente capítulo y de toda esta segunda parte, como acabamos de señalar en el párrafo introductorio.

Como es preceptivo en toda relación valorativa, nuestro autor inicia el estudio de este par valorativo analizándolo desde sus cuatro caracteres constitutivos. El primero se refiere a que la relación valorativa del par *humano/inhumano* enlaza pluralidades estructuradas de pares valorativos con sus respectivas pluralidades estructuradas de vitalidades humanas. No dice cuántas pluralidades, pero desde luego no son todas las posibles, Cada par humano/inhumano escoge unas pocas, bastantes o muchas, de ahí que hayan existido, existan y existirán muchos tipos de humanidad/inhumanidad como, por ejemplo, la del hombre del antiguo Egipto, la de la Grecia clásica, la del Renacimiento o la actual. Así pues, los pares valorativos estructurados constituyen el contenido más inmediato de lo humano/inhumano.

El segundo carácter constitutivo alude a que los enlaces de pluralidades estructuradas de pares valorativos con el viviente hombre son *discernidos por la persona* como positivos o como negativos; en nuestro caso, *como humanos o como inhumanos*. Vemos que esta estimación es sumamente compleja, puesto que no se trata de un par valorativo cualquiera, sino de este, que comprende una pluralidad estructurada y variada de muchos pares valorativos particulares. Además, la persona tendrá que estimar si las pluralidades estructuradas de pares valorativos escogidas para formar el par humano/inhumano se ajustan o no a las ocho dimensiones valorativas del viviente hombre. Antes de pasar al tercer carácter, nuestro autor hace unos comentarios muy sustanciosos sobre *los niveles de conciencia valorativa*.

El tercer carácter constitutivo del par valorativo humano/inhumano exige que los discernimientos valiosos o disvaliosos de los enlaces entre pluralidades estructuradas de pares valorativos y el viviente hombre estén fundamentados en *bases apropiadas*. Las bases apropiadas tienen como misión conseguir estabilidades suficientes de humanidad y de inhumanidad, pero nunca son definitivas y cerradas. Chávarri enumera para este par tres clases de bases apropiadas muy generales que explica con detalle: la base apropiada *de pares valorativos*, la base apropiada *de representación* y la base apropiada *de estructuración*. El autor engloba las tres clases de bases referidas en una: la *“base fundamental apropiada del par humano/inhumano”*, que incluye todas las bases de sus específicos pares valorativos y de la que hablará con más extensión en

el capítulo VI. 2.4, al tratar de los ejes valorativos séptimo, octavo y noveno de nuestra forma de vida.

El cuarto carácter constitutivo de esta relación valorativa consiste en que la base fundamental apropiada del par humano/inhumano impulsa constantemente al viviente hombre a *desarrollar procesos dignificadores e indignificadores*. Todo lo humano/inhumano fáctico tiene una tendencia natural a evolucionar, a no quedarse nunca con lo ya conseguido.

A pesar de que todo el capítulo siguiente va a estar dedicado a desentrañar nuestro modelo humano, Chávarri introduce aquí y explica con detalle y amplitud el significado que para él tiene “modelo humano”. Y lo hace por una razón: porque el *contenido* de los modelos humanos es el par valorativo humano/inhumano, al que le asigna también la función de ser *generador de modelos humanos*. Sobre este asunto de los modelos, nuestro autor señala varias características importantes, de las que escojo dos. La primera se refiere a que todo modelo humano puede ser considerado, sin violentarlo, como un modelo valorativo; la segunda, que los modelos humanos ideales elaborados *a priori* y presentes solo en la mente humana se construyen no tan *a priori*, sino desde los modelos fácticos que se han desarrollado en la historia. Sobre el par valorativo humano/inhumano como generatriz de modelos humanos, el autor nos ofrece una larga explicación que fundamenta en los cuatro caracteres constitutivos de toda relación.

Después de este inciso sobre los modelos humanos, nuestro autor sigue reflexionando sobre el tema de este capítulo. ¿De dónde provienen esa multitud y esa variedad de pares valorativos que constituyen la relación valorativa humano/inhumano? Después de todo lo expuesto en el ensayo, la respuesta es fácil: provienen de las vitalidades del hombre y del ámbito completo del ser. Pero nuestro autor quiere desentrañar más esta procedencia valorativa y busca un contexto vital y entitativo referencial para explicar su origen. Él lo llama “pautas generales determinadoras del par valorativo humano/inhumano”. Pues bien, la primera pauta se refiere a toda la impresionante cantidad y densidad de ser que tienen las vitalidades humanas, cuyo conjunto es denominado por nuestro autor “*envergadura vital*”. Cada viviente tiene su propia densidad de ser, su *envergadura vital*. Ese conjunto de las vitalidades que se encuentran dentro del cuerpo del viviente humano constituye su “*espacio interior*”, una expresión que en Chávarri tiene un sentido meramente local y que significa simplemente “lo que no es exterior” al cuerpo. ¿Se identifican entonces *envergadura vital* y *espacio interior*? Eso parece, pero tenemos que dar un paso más para mostrar que no es así. Veamos. Todo viviente desarrolla sus vitalidades, su *espacio interior*, en relación con su *hábitat*. Y, aunque no pocas veces caemos en la tentación de separar radicalmente lo que es *interior* al viviente (sus vitalidades) de lo que es *exterior* al mismo (su *hábitat*), Chávarri, aplicando todo lo que ha dicho sobre la *relación valorativa* desde las primeras líneas de este ensayo, nos muestra que esa relación entre las *vitalidades* y su

hábitat es de *mutua implicación*, por lo que el hábitat propio no es extrínseco a sus vitalidades en ningún viviente, sino que forma parte de ellas. Por tanto, ahora vemos que la *envergadura vital* del viviente hombre comprende no solo sus vitalidades, su *espacio interior*, sino también su respectivo *hábitat*. Me parece que esta nueva aportación del profesor Chávarri tiene un interés y una profundidad epistémicos de mucho calado. Dicho esto, nuestro autor divide el hábitat humano en tres medios: *el histórico social*, *el natural cósmico* y *el metahistórico*. El medio *histórico social* engloba la multitud de relaciones que van surgiendo de persona a persona, de persona a grupo y de los grupos entre sí a lo largo de la historia. El medio *natural cósmico* se refiere a las relaciones del hombre con los seres de la naturaleza y del cosmos. El medio *metahistórico* comprende los procesos del morir y del estar muerto y las relaciones que surgen de estos dos procesos. Así pues, configuran la envergadura del viviente hombre no solo su espacio interior sino también sus medios histórico social, natural cósmico y metahistórico. ¿Qué aporta su específico hábitat al viviente hombre? El alimento apropiado, que son seres en cuanto valiosos o disvaliosos para las vitalidades humanas.

Entramos así en la *segunda pauta general* determinante del par valorativo humano/inhumano y ampliamos también la segunda parte de la respuesta a la pregunta que nos hicimos sobre la procedencia de los pares valorativos que constituyen el par más comprehensivo, la que se refiere al ámbito del ser. Pues bien, el alimento apropiado de la estructura humana *son los seres y sus variadas manifestaciones entitativas en cuanto que son estimados como valiosos/disvaliosos*. Los valores/contravalores son, pues, las energías que activan, desarrollan o deterioran la variada multitud de vitalidades de nuestro espacio interior. Pero el par humano/inhumano es peculiar, pues mientras que los demás pares alimentan o corrompen únicamente determinadas y específicas vitalidades del hombre, este par comprende muchas pluralidades estructuradas de pares valorativos: todas las que constituyen un modelo humano de vida. No sabemos a ciencia cierta por qué cada modelo humano fáctico escoge unos valores y desecha otros. Son muchísimos los factores que confluyen en ello y la mayoría de las veces no somos conscientes de su existencia y de su actividad.

La tercera pauta general determinante del par humano/inhumano se refiere a la capacidad que hay en el viviente hombre para originar *procesos vitales dignificadores e indignificadores*. Esta tendencia es constitutiva de todas las relaciones valorativas. A pesar de que el profesor Chávarri dedicará el séptimo y último capítulo a los procesos de dignificación de nuestra humanidad e inhumanidad, hace aquí un original y extenso análisis sobre la *dignificación*, porque esta también está siempre presente en el ámbito comprehensivo de las pluralidades estructuradas de valores y de contravalores, que son lo constitutivo de lo humano/inhumano.

La cuarta pauta general corresponde a *la persona*, la unidad vital autónoma más pequeña que sintetiza en sí todas las manifestaciones vitales del hombre, el sujeto que elige la pluralidad de pares valorativos de un modelo humano, la que realiza los procesos estimativos discernidores de humanidad y de inhumanidad y la que contiene todas las presencias de lo valioso y de lo disvalioso de su par humano/inhumano. Chávarri nos descubre con finos y novedosos análisis toda la riqueza de la persona en la conciencia y en la demanda de humanidades más dignas y de inhumanidades que hay que superar.

El quinto apartado de este capítulo versa sobre otras versiones de lo humano/inhumano. Ante la inmensa pluralidad de versiones y la imposibilidad de conocerlas todas, nuestro autor escoge una muestra de cuatro grandes grupos, que corresponden a las cuatro pautas generales *determinadoras* del par humano/inhumano que acaba de explicar. Sus análisis son amplios y esclarecedores y sirven de contraste enriquecedor con su versión de lo humano/inhumano.

6. MODELO HUMANO DE NUESTRA FORMA DE VIDA

El capítulo IV está dedicado a explicar *nuestra situación valorativa*; este VI, al *modelo humano de nuestra forma de vida*. ¿Qué diferencia existe entre el contenido de ambos capítulos? Posiblemente el contenido sea el mismo, pero el enfoque difiere sustancialmente en ambos. El del capítulo actual tiene ya como ingrediente la gran perspectiva de lo humano/inhumano, como veremos enseguida.

El título del capítulo nos lleva a una primera pregunta: ¿qué es una forma de vida? Quizás lo más parecido a “forma de vida” sea “cultura” o “civilización”: conjunto de determinadas características que es compartido por una pluralidad generalmente numerosa de personas. Pero para Eladio Chávarri –y esto es lo novedoso y diferencial–, esas características de las culturas son valores/contravalores en las formas de vida. Forma de vida es, pues, una realidad valorativa, porque su contenido son valores y contravalores; cultura y civilización no son realidades valorativas, ya que su contenido son características. Esta es la diferencia radical entre ellas.

Para nuestro autor, las formas de vida están constituidas por modelos humanos y estos tienen como su generatriz el par valorativo humano/inhumano. Las formas de vida y los modelos humanos se refieren, por tanto, a la misma realidad existencial. Ahora bien, como el par valorativo humano/inhumano está compuesto por multitud de pares valorativos expresos y específicos que no siempre son los mismos en cada par humano/inhumano concreto, lógicamente existe una variedad de modelos concretos de humanidad/inhumanidad y también una variedad de formas de vida. *Las formas de vida y*

los modelos humanos son, por lo tanto, diferentes versiones valorativas del par humano/inhumano. Con ello nuestro autor está reflexionando en esta segunda parte sobre los tres seres más densos y complejos que van apareciendo en el planeta a lo largo de la evolución: par valorativo *humano/inhumano*, *modelo humano fáctico* y *forma de vida histórica*.

Es muy importante subrayar que las personas vamos asimilando desde que nacemos la forma de vida fáctica que viven nuestros padres. El par valorativo humano/inhumano que es generador de *nuestro modelo* y este a su vez de *nuestra forma de vida* proporciona a los recién nacidos el “código vital histórico” (“código cultural”, para otros), que, en interacción con el “código genético”, es constitutivo del estilo de vida que vamos a desarrollar cada uno de nosotros.

Chávarri hace esta introducción sobre las formas de vida para desembocar en el estudio de la nuestra, que siempre ha sido el objetivo de todos sus libros. No conozco entre los grandes pensadores a nadie que haya considerado a nuestra forma de vida desde la perspectiva valorativa, lo que sí hace el profesor Eladio Chávarri. Esos grandes pensadores siempre han destacado algunas “características” relevantes –no valores o contravalores– de nuestra forma de vida y sobre ellas han fundamentado toda su reflexión. De ello han salido las caracterizaciones como “sociedad desarrollada”, “sociedad posmoderna”, “sociedad informatizada”, “sociedad fluida” y otras muchas más. Ninguno de esos calificativos expresa la extensión y la intensidad que tienen *forma de vida*, *modelo humano* o par valorativo *humano/inhumano* en nuestro autor, porque dichos calificativos expresan características muy reducidas y parciales de nuestra complejísima vida actual. Desde su primera gran obra, *Perfiles de nueva humanidad*³, en la que expone su sistema y que se ha convertido en el fundamento de las que han venido después, Eladio Chávarri dio a nuestro modelo humano el nombre de Hombre Productor Consumidor (HPC), que, por cierto, no tiene ni la más mínima intención de calificación peyorativa; al contrario, es el mejor de los que han aparecido en nuestra historia acontecida. Pues bien, el rico contenido de este modelo humano nuestro y, lógicamente, de nuestra forma de vida lo expresa en lo que él denomina *nueve ejes valorativos*. La razón está en que solo comprenderemos lo humano/inhumano de nuestra forma de vida cuando conozcamos los caracteres constitutivos de su propia relación valorativa. Y, como ya sabemos, estos son cuatro, pero nuestro autor deja el último, el de los procesos de dignificación, para el siguiente y último capítulo. En este considera los tres primeros caracteres constitutivos y asigna tres ejes valorativos a cada uno de ellos, con lo que resulta un total de nueve. Para Chávarri, cada eje expresa un conjunto de caracteres vitales de nuestra forma de vida. Son atributos que intentan llegar a las *raíces fundamentales* del HPC.

³ Eladio CHÁVARRI, *Perfiles de Nueva Humanidad*, Salamanca, San Esteban, 1993.

Las raíces de lo humano/inhumano en nuestra forma de vida están en los cuatro constitutivos de esta relación valorativa.

El primer carácter constitutivo de la relación valorativa humano/inhumano del HPC comprende tres ejes valorativos. *El primer eje* valorativo se refiere al *conjunto de enlaces* que une nuestra pluralidad de seres y de estados entitativos con nuestra pluralidad de vitalidades correspondientes. Es inmenso este conjunto, porque el HPC comprende todos los enlaces que realizan siete mil millones de personas. *El segundo eje* explica cómo la pluralidad de pares valorativos resultantes *está estructurada* según las ocho subclases de estructuras que ya conocemos. Una de ellas es la *modalización por dimensiones valorativas*. En el HPC esas dimensiones modalizadoras que ejercen de *núcleo duro* son las biopsíquicas y las económicas, que tienen tan fuerte cohesión entre ellas que bien podemos llamarlas la *“dimensión biopsíquica–económica”*. A esta modalización biopsíquica económica de toda nuestra vida de hombres productores consumidores la denomina nuestro autor *“desarrollista”*, sin que este término tenga en él ninguna connotación peyorativa. Tal modalización da un nuevo *modo de ser* a todas nuestras experiencias cognitivas, estéticas, éticas, lúdicas, religiosas y sociopolíticas: *el de la mercancía*. Todo es intercambiable por determinadas cantidades de dinero y en todo se persigue como único objetivo el aumento de este. Ya no se produce para satisfacer las necesidades de la gente, sino para incrementar sin límite las ganancias monetarias. De ahí proviene que la masiva e intensiva producción de mercancías se encuentre en mutua y necesaria correlación con el masivo y necesario consumo de las mismas. Ahora se explica por qué Chávarri ha dado el nombre de *“hombre productor consumidor”* a nuestro modelo humano. Nuestro autor analiza con originalidad, detalle, extensión y profundidad la modalización desarrollista que da el núcleo valorativo duro a todos los ámbitos de nuestra vida. *El tercer eje valorativo* de rasgos del HPC se refiere a que él va construyendo su humanidad y su inhumanidad por medio de la *acción*. Después de unas muy sustanciosas e interesantes reflexiones sobre la acción en general y sobre su necesaria función en todas las experiencias valorativas –que hacen que toda acción humana sea acción valorativa, pues nace y se desarrolla en el ámbito de las propias relaciones valorativas–, Chávarri concluye que las *acciones valorativas del HPC son desarrollistas*, como lo son todos los componentes de nuestro modelo humano.

Los ejes valorativos cuarto, quinto y sexto, fundamentados en el segundo carácter constitutivo del par valorativo humano/inhumano del HPC, se refieren a la *estimación de si los pares valorativos humanizan o deshumanizan de modo desarrollista*. Empezando por *el cuarto eje*, este abarca un conjunto de *rasgos estimativos generales* del hombre productor consumidor. La *persona es el sujeto* que realiza esa estimación tan compleja de ser humano o inhumano, estimación que se hace desde el criterio desarrollista del HPC. El carácter desarrollista más extenso y denso de humanidad y de inhumanidad de nuestro modelo

humano se encuentra lógicamente en las pautas generales determinadoras del par humano/inhumano. Por tanto, los exámenes estimativos deben aplicarse a ver el desarrollismo de la envergadura vital del viviente hombre, el de su genuina alimentación valorativa, el de los procesos dignificadores e indignificadores y el de las personas que están inmersas en nuestra forma de vida. *El quinto eje* valorativo reúne un conjunto de *rasgos estimativos del HPC más particulares*. El autor establece comparaciones estimativas de su versión de lo humano/inhumano del HPC con las de la muestra de otras versiones expuesta en el capítulo V.5. *El sexto eje* valorativo se refiere a las *tensiones que surgen dentro del HPC* entre sus propias humanidad e inhumanidad. Las tensiones brotan de la confrontación entre el valor y el contravalor; están, pues, en la entraña misma de la relación valorativa y se llevan a cabo en lo más profundo de los procesos de formación y de evolución de la vida del hombre. Así pues, las tensiones valorativas son, como decimos, las que poseen la máxima densidad, ya que afectan a las entrañas mismas de la vida y de la muerte. Y también tienen la máxima extensión; tanta como la vida y la muerte humanas. El profesor Chávarri detalla esas tensiones en los hitos más importantes de la vida, que son también los de su sistema valorativo: vida y ser, dimensiones valorativas, estructuras, acciones, etc. Pero el número de tensiones valorativas más amplio y denso se produce en el par valorativo humano/inhumano y en los modelos y formas de vida que genera. Nuestro autor examina esas tensiones en el modelo humano HPC, el más importante para nosotros. En el HPC, como ya sabemos, los pares valorativos y sus estructuras están impregnados en mayor o menor medida de desarrollismo. Por tanto, las tensiones valorativas son también más o menos desarrollistas. El desarrollismo genera una lucha –todavía de muy baja intensidad en la conciencia de la mayor parte de la población mundial– entre la nueva modalidad que tratan de implantar los valores biopsíquicos y económicos en los demás valores y la resistencia de estos últimos a ser vaciados de su propio, peculiar y natural contenido valorativo vital y mortal para ser sustituido por el biopsíquico económico.

Los ejes valorativos séptimo, octavo y noveno corresponden al tercer carácter constitutivo, es decir, a la *base fundamental apropiada* que rige los procesos estimativos discernidores de la humanidad y de la inhumanidad del viviente HPC. *El séptimo eje* valorativo comprende un conjunto de rasgos del viviente HPC relativos a su *base apropiada de pares valorativos*. Podemos decir que, en el modelo humano HPC, el criterio para discernir si la base es adecuada o deficiente es la *rentabilidad mercantil o la satisfacción biopsíquica que producen esos seres y esas vitalidades*. Chávarri hace análisis sorprendentes, amplios y muy sugerentes sobre cada una de las bases y muestra cómo el atributo *desarrollista* es el que las convierte en bases apropiadas. *El octavo eje* valorativo contiene rasgos del viviente HPC referentes a su *base apropiada de representación*. El HPC tiene una representación extensa, intensa y variada de la multiplicidad de vitalidades y de mortalidades del hombre. La base apropiada de

representación del viviente HPC lleva consigo la movilidad y la estabilidad propias del contenido valorativo humano/inhumano de nuestra forma de vida. Las movibilidades y las estabildades se detectan en la decadencia o en la desaparición de valores y de contravalores, así como en la aparición de otros nuevos. Da la impresión de que el viviente HPC antepone lo movable a lo estable. ¿Representa la pluralidad de los pares valorativos del viviente HPC la pluralidad y la variedad de las vitalidades y de las mortalidades que el autor ha expuesto en el capítulo II? ¿Las vitalidades y las mortalidades que configuran la envergadura del viviente hombre están representadas en las vitalidades y en las mortalidades del viviente HPC? Si nuestro modelo humano no cumpliera las cuatro pautas referidas, la pluralidad de pares valorativos del viviente HPC, es decir, su propia representación básica, carecería de la adecuada ubicación vital. Contemplados en conjunto, los tres puntos de referencia nos alertan del peligro de hacer versiones reducidas de lo humano/inhumano del hombre productor consumidor, que más que versiones de algo factual serían versiones de modelos humanos irrelevantes. No pocos pensadores han caído en este peligro.

El noveno eje valorativo comprende rasgos del viviente HPC referentes a su base apropiada de estructuración. El HPC es una forma de vida nueva que está dotada de una nueva base apropiada de estructuración. De las nueve estructuras que Chávarri estableció en el capítulo III, solo aplica al HPC las tres elementales: las estructuras *de vida y de ser* que generan *el mundo* que habitamos, las de *validez/invalidéz* de las que se derivan las de *deber ser/deber no ser* y las de *sentido/sin sentido* que nos atraen o nos retraen (véase el capítulo III.2). Son perspectivas de enorme envergadura, de las cuales nuestro autor escoge algunos rasgos, pero que son lo suficientemente significativos para descubrir la peculiaridad del HPC en cada caso. Las estructuras de vida y de ser configuran el *mundo desarrollista* que habitamos; las estructuras de *validez/invalidéz* tienen como patrón de referencia el *desarrollismo* de nuestro modelo humano; lo mismo se puede decir de las de *deber ser/deber no ser* que brotan de las estructuras de *validez/invalidéz desarrollistas*; finalmente, las estructuras de *sentido/sin sentido* que nos atraen o nos retraen tienen en nuestra forma de vida un carácter marcadamente *desarrollista*. El horizonte valorativo de *sentido* del par humano/inhumano de nuestra forma de vida ejerce sobre nosotros una *atracción cautivadora*; es un horizonte que nos atrapa y que no nos suelta tan fácilmente y que las personas lo acogemos con mucho agrado nada más que aparece ante nosotros.

7. HACIA LA DIGNIFICACIÓN DE NUESTRA FORMA DE VIDA

Este es el capítulo último del ensayo. Y no es último porque sí, sino porque lo exige el *carácter ascendente* que ha tenido la reflexión del profesor Chávarri desde las primeras líneas de este libro, con lo que los procesos de

dignificación/indignificación representan el culmen de todo lo dicho a lo largo de los seis capítulos anteriores. Dicho esto, pasemos a resumir el contenido del mismo. Antes, quiero hacer una pequeña indicación: seguiré el proceder del autor de, cuando no haya peligro de confusión, eludir escribir el contravalor indignificación, pero sabiendo que está siempre intrínsecamente aparejado con el valor dignificación, aunque no se exprese. Pues bien, el cuarto carácter constitutivo de la relación valorativa humano/inhumano se refiere a los procesos dignificadores e indignificadores. El autor nos indica enseguida que no encuentra en la tradición filosófica reflexiones y discursos que hablen de las indignidades valorativas, lo que podría haberse llamado con toda razón “*apaxiologías*” (*apaxios*=indigno).

El ámbito o contexto de los procesos de dignificación/indignificación elegidos por nuestro autor es nuestra forma de vida, su constitutivo modelo humano HPC y el par valorativo humano/inhumano que ha generado a dicho modelo. Chávarri divide este ámbito en cinco demarcaciones propias del HPC, cada una de las cuales viene a delimitar, a “demarcar” una parte o aspecto del propio ámbito dignificador, es decir, de nuestra forma de vida. Llama, en consecuencia, a estas cinco partes “ámbitos o demarcaciones dignificadoras”. Analiza una demarcación más, la de las solicitudes (de ser solícito, atento, servicial, diligente, cuidadoso, amable, dispuesto, obsequioso, cumplidor), pero señala que esta es general para los procesos de dignificación de todos los modelos humanos, no específico del HPC.

Antes de explicar cada una de las cinco demarcaciones del ámbito dignificador hace un inciso para introducir la cuestión de cómo es el proceso de dignificación. Eladio Chávarri dice lo siguiente para responder a esta pregunta:

“Propongo un ‘esquema o figura formal de la dignificación’, que siguen todos los procesos de dignificación y que consta de cinco pasos. En primer lugar, hay que *determinar con exactitud la demarcación de la dignificación*, es decir, la parte o aspecto del contexto dignificador que va a recibir la dignificación. En segundo lugar, es necesario descubrir los *fallos valorativos que contiene la demarcación de la dignificación*; al fin y al cabo, se trata de eliminarlos por medio de la propia dignificación. En tercer lugar, *ha de conocerse la actitud inconformista del vivoiente hombre con los fallos valorativos que contiene la demarcación de la dignificación*. Este elemento es el quicio de la existencia de la dignificación, porque, si no hubiera *inconformismo*, no se sentiría la necesidad de dignificar nada. En cuarto lugar, *esa situación inconformista genera correctores dignificadores de los referidos fallos valorativos*. El corrector dignificador significa precisamente que la corrección se realiza por dignificación: por ejemplo, la enfermedad, por la salud, la salud, por una mejor salud. Por último, *tales correcciones quedan abiertas a nuevas dignificaciones*, a dar nuevos contenidos a lo dignificado”⁴.

⁴ Eladio CHÁVARRI, *Los valores y los contravalores de nuestro mundo*, p. 322.

Nuestro autor hace un comentario concienzudo sobre la aplicación de este esquema o figura formal de la dignificación a *tres pautas generales determinadoras de lo humano/inhumano de nuestra forma de vida*, la primera de las cinco demarcaciones o partes en que ha dividido nuestra forma de vida. Esas tres pautas son la envergadura vital del viviente hombre, su genuina alimentación valorativa y la presencia de la persona en esa humanidad e inhumanidad desarrollistas.

El apartado cuarto de este capítulo lo dedica a desarrollar la segunda demarcación, *la dignificación de pares valorativos y de la pluralidad de los mismos que configuran lo humano/inhumano de nuestro HPC*. El par humano/inhumano de una forma de vida concreta comprende la dignificación de una compleja pluralidad de pares valorativos. ¿Cómo podemos conseguir semejante dignificación del hombre productor consumidor? Dignificando la base que fundamenta todo nuestro modelo humano. Para Chávarri esa base que ha de ser dignificada es la “*base de representación*” del HPC. Sobre ella hace interesantes y extensas reflexiones en el presente libro.

El quinto apartado Chávarri comenta la tercera demarcación, que considera *la dignificación de nuestra estructura valorativa desarrollista*. Como sabemos, es una estructura de modalización formada por las dimensiones económica y biopsíquica, las cuales dan un nuevo modo de ser, influyen y organizan todos los componentes de nuestra forma de vida. Recordamos que esta modalización económica biopsíquica constituye el núcleo valorativo duro de nuestro modelo humano desarrollista. Los valores y los contravalores económicos y biopsíquicos han convertido toda nuestra existencia en una *mercancía*, donde todo está sujeto a *intercambios monetarios*. Tal estructura modalizadora de tipo *desarrollista* produce fuertes desequilibrios valorativos en nuestra existencia: las dimensiones económica y biopsíquica están claramente *sobrestimadas*, mientras que las cognitivas, las estéticas, las éticas, las lúdicas, las religiosas y las sociopolíticas, y sus respectivas variaciones, padecen muy *baja estima*. Estos desequilibrios provocan en nosotros *actitudes inconformistas*, que pueden empujarnos a emprender mejores dignificaciones. Chávarri va desgranando minuciosamente todos los componentes del HPC y nos muestra cómo dignificar los desperfectos que *el desarrollismo* causa en cada uno de ellos.

El apartado sexto está dedicado a explicar la cuarta demarcación, en la que se contrastan tres versiones sobre la dignificación. Uno de estos contrastes tiene lugar entre las versiones religiosa y económica-biopsíquica; otro, entre las versiones económica-biopsíquica y ética-sociopolítica; un tercero es el contraste entre la versión de la dignificación de Chávarri y las dos versiones anteriores. Las tres son *formas de vida* y están configuradas cada una de ellas –salvo la que propone Chávarri– por su específico *núcleo valorativo duro*. La comparación la hace, como es lógico, entre sus respectivos núcleos valorativos duros, porque no hay nada mejor que caracterice a estas tres formas de vida. Muy

interesante y muy oportuno todo este apartado, porque llega a lo profundo en la explicación de la decadencia que van experimentando las religiones en nuestro mundo a medida que entra el HPC. Sobre este asunto, no conozco otra explicación de tanto calado como la del profesor Chávarri. En cuanto a la versión ética–sociopolítica, que muchos ansían que sea la que sustituya pronto al HPC, nuestro autor la considera un modelo diseñado *a priori* que no ha tenido –que sepamos– ninguna facticidad en la historia acontecida. A pesar de ello, le hace la misma crítica que a la religiosa y a la desarrollista: ninguna de ellas respeta el “axioma protector de la diversidad valorativa”, porque *la propia condición de toda modalización* hace que todos los seres y las vitalidades humanas modalizados pierdan su naturaleza original y se empapen de *religiosismo*, de *desarrollismo* o de *eticismo-sociopolítico*. Sobre su propia versión de la dignificación, Chávarri afirma:

“Supongamos que se me obligara a proponer, como alternativa a los tres modelos humanos que hemos considerado, uno que comprendiera todo el ámbito de la dignificación que es capaz de realizar el ser humano actual. Mi versión dignificadora tendría que integrar en el modelo humano conjuntos de pares valorativos fundamentales de todas las dimensiones valorativas. De esta manera evitaría que en adelante hubiera dimensiones valorativas que ejercieran de *núcleos valorativos duros modalizadores absolutos*. Se podrían admitir entre nuestras dimensiones valorativas otros tipos de relaciones, que dieran el impulso para desarrollar en su legitimidad y en su pureza los valores propios de cada dimensión. En este caso, no habría peligro alguno de quebrantar el “axioma protector de la diversidad valorativa”. La genuina nutrición valorativa y la base apropiada de representación contendrían una pluralidad en la que estarían representadas todas las dimensiones valorativas. La oscuridad no ocultaría muchos valores y contravalores propios de cada dimensión valorativa, ni las vitalidades humanas correspondientes, ni las potencialidades del viviente hombre para crear nuevas relaciones valorativas”⁵.

El séptimo apartado explica la quinta demarcación de la dignificación, que se refiere a *la dignificación del sufrimiento arraigado*. Es el último apartado de este capítulo y de todo el libro. No creo que para el maestro Eladio Chávarri ni para los que hemos leído su ensayo represente una cadencia armoniosa como descanso del largo y trabajoso caminar por los análisis tan complejos con los que nos hemos ido encontrando. Pienso, más bien, que es la cima a la que nos ha conducido intencionadamente nuestro autor con su razonar ascendente y cada vez más comprensivo. Dignificar el sufrimiento arraigado producido por los contravalores del núcleo valorativo duro del hombre productor consumidor es para Eladio Chávarri el máximo objetivo de su laborioso y profundo trabajo. Y pertenece también a ese gran objetivo el que su reflexión nos ayude

⁵ *Ibid.*, p. 359.

a los que leamos este libro a llegar a las raíces de este sufrimiento arraigado en tanta gente para comprometernos en su erradicación, en su dignificación. En el párrafo final lo manifiesta con claridad:

“Nosotros no podemos por menos que *rechazar* la inhumanidad que contienen estos tres deterioros vitales. Nuestro *inconformismo* radical debe poner manos a la obra para *descubrir, denunciar y eliminar* este tipo de deterioros, pero con tal de no caer en el vacío de una *negatividad desorbitada*. Es preferible que la indignación mueva a analizar detenidamente este fenómeno de los deterioros vitales, así como a descubrir las condiciones y causas profundas y específicas que los producen. Y (...) hay que estar dispuestos y *comprometidos a realizar nuevas dignificaciones*”⁶.

Termino este texto manifestando mi profundo y extenso agradecimiento al profesor y maestro Eladio Chávarri López de Dicastillo. El encuentro con él y con su obra cambió radicalmente mi pensamiento y, lo que es más importante, el nuevo enfoque que di desde entonces a mis clases de filosofía. Ojalá que la lectura de esta *obra magna* produzca en sus lectores similares efectos benéficos.

Baldomero López Carrera
Instituto Superior de Filosofía
Plaza de San Pablo, 4, Valladolid
baldoc@telefonica.net

⁶ *Ibid.*, p. 367.